

Rafael Poch de Feliu

Blog personal

De arados a espadas: la historia de los Verdes alemanes

Hace cuarenta años surgió en Alemania el Partido Verde. Se definía como “ecopacifista”. Con los años aquella fuerza de diputados melenudos con jerseys de lana gruesa y de diputadas que amamantaban a sus bebés en el escaño del Bundestag en Bonn, se puso corbata y traje de Armani. Hoy es el más entusiasta partidario de la guerra y el rearme militar alemán. Una advertencia sobre la importancia de los factores de clase y del antiimperialismo para una política de izquierdas.

Autor: Robert Dale



Cuando el Partido Verde alemán irrumpió en escena en 1980, se situaba claramente a la izquierda del Partido Socialdemócrata (SPD). Era crítico con el capitalismo, estaba lleno de marxistas, era antinuclear y pacifista. Hoy en día, arma a Israel, aplasta la solidaridad con Gaza y promueve la guerra en Ucrania. Es popular en las torres de marfil, pero despreciado en las fábricas. ¿Qué salió mal?

El Partido Verde alemán surgió de los movimientos radicales de los años 70 y principios de los 80. Sus temas clave eran el movimiento pacifista, el movimiento feminista, la ecología y la oposición a la energía nuclear. La idea en aquel

momento era que el partido tuviera un pie en los movimientos y otro en el parlamento, considerando los movimientos como más importantes.

Muchos de los miembros y figuras destacadas se habían politizado en el movimiento estudiantil militante de finales de los años sesenta. Ese momento radical había pasado, pero el concepto de Rudi Dutschke de una «larga marcha a través de las instituciones» parecía ofrecer una perspectiva.

El nuevo partido obtuvo éxito electoral con su plataforma de paz, ecología y diversidad. En 1983, tras una serie de victorias en las elecciones estatales y locales, 28 diputados verdes fueron elegidos para el Bundestag. Desafiando descaradamente el código de vestimenta y tejiendo en la cámara, este grupo de hippies y marginados escandalizó a los partidos establecidos y a los principales medios de comunicación. Los verdes y los socialdemócratas de izquierda especularon sobre la posibilidad futura de una coalición radical «rojo-verde».

El problema es que los movimientos estaban desapareciendo. En 1990, se trataba de un partido sin movimiento, pero aún capaz de ganar escaños en los gobiernos locales y regionales gracias al sistema de representación proporcional de Alemania. A mediados de la década de 1990, se planteaba la posibilidad de formar parte de una coalición nacional. Sin embargo, había un gran problema.

La OTAN

Los Verdes ya parecían mucho más respetables, pero su programa seguía pidiendo la abolición de la OTAN. Estaba claro que abandonar esa política sería el precio a pagar para entrar en el Gobierno. Las declaraciones pertinentes se suavizaron durante la redacción del programa de 1998 y, como era de esperar, los Verdes pudieron unirse al SPD en el Gobierno de Gerhard Schröder, de tipo blairista.

¿Qué logró la «coalición rojo-verde» de 1998 a 2005? Bueno, para empezar, recortó drásticamente el sistema de

prestaciones sociales. Eso fue muy importante. Curiosamente, nadie se lo echó en cara a los Verdes, mientras que el SPD seguía sintiendo el golpe veinte años después. Los pacifistas del Partido Verde sufrieron su Waterloo en la guerra de Kosovo de 1999.

Tras la reunificación, la clase dirigente alemana estaba ansiosa por recuperar su capacidad para hacer la guerra. Eso significaba superar el profundo tabú que existía desde 1945 sobre el despliegue de las fuerzas armadas alemanas para luchar en el extranjero. La intervención de la OTAN en Kosovo brindó la oportunidad de disfrazarlo de «humanitario» y la fuerza aérea alemana se unió al bombardeo de Serbia y Montenegro. Al frente de la ofensiva estaba el ministro de Asuntos Exteriores verde, Joseph («Joschka») Fischer.

Por supuesto, esto provocó un gran debate en el partido. Los pacifistas perdieron la batalla y los que tenían principios se marcharon. Estaba claro que los Verdes ya no eran el partido de la paz. Ahora, la grotesca farsa de la guerra por los derechos humanos se convirtió en su mantra.

Pasaron dieciséis años antes de que los Verdes volvieran a aspirar al gobierno nacional. En las décadas de 2000 y 2010, el partido consolidó su base en los parlamentos estatales y los gobiernos locales, y se desplazó aún más hacia la derecha. En 2016, formó su primera coalición a nivel regional con los demócratas cristianos de derecha.

También surgió una nueva generación de líderes. La vieja guardia había surgido de los movimientos radicales. El ministro de Asuntos Exteriores Fischer comenzó como militante callejero en el movimiento estudiantil de 1968. Por el contrario, la pareja que lideró a los Verdes en las elecciones de 2021, Annalena Baerbock y Robert Habeck, eran respetables y de impecable reputación (Habeck escribe libros infantiles y Baerbock pasó su juventud escalando; ninguno de los dos parece haber estado involucrado en política antes de sus carreras parlamentarias).

Así que cuando los Verdes se unieron al FDP, partido defensor del libre mercado, en la coalición liderada por el SPD de

Olaf Scholz, no tenían la carga de ninguna expectativa de cambio radical. Sin embargo, sus votantes esperaban medidas significativas en materia climática y protección para los refugiados.

Lo que sucedió entonces fue una sorpresa, incluso para los más cínicos. Cuando el conflicto de Ucrania se convirtió en una guerra abierta en 2022, la ministra de Asuntos Exteriores verde Baerbock y su partido se mostraron entusiastas, liderando los llamamientos a favor de más armas, más tanques y más guerra. En esto, estaban en sintonía con la clase dirigente alemana, que consideró el derramamiento de sangre como una magnífica oportunidad para volver a poner a las fuerzas armadas alemanas en el mapa.

Así pues, la sorprendente remilitarización de la sociedad alemana, la grotesca expansión del gasto militar, fue inicialmente obra de los Verdes y los socialdemócratas. Y justo cuando se pensaba que no podía empeorar, comenzó la matanza del ejército israelí en Gaza.

Como feminista y defensora de los derechos humanos, la ministra de Asuntos Exteriores verde Baerbock apoyó a Israel hasta el final. De nuevo en sintonía con la clase dirigente alemana y el Estado sionista. Alemania siguió suministrando armas a Israel y las manifestaciones de solidaridad fueron brutalmente reprimidas.

Los políticos verdes se apresuraron a demonizar la empatía hacia los palestinos tachándola de «antisemitismo». El colíder Robert Habeck insistió en que el partido en su conjunto respaldaba esa línea, y no se me ocurre ningún miembro destacado de los Verdes que se opusiera a ella.

Al menos hicieron algunas cosas buenas por el clima y por los refugiados, ¿no? Bueno... Lamento decepcionar, pero no. Aparte de jugar con los objetivos y aplicar aranceles a los vehículos eléctricos importados, claro está. Su programa para imponer la modernización de los sistemas de calefacción estaba mal pensado, mal comunicado y era tremendamente impopular. Un desastre. Su decisión de sustituir el gas ruso de los gasoductos por el costoso GNL fracturado de Estados

Unidos logró un triple resultado: malo para el medio ambiente, costoso para la gente corriente y mortal para la industria alemana.

¿Y los refugiados? Es muy posible que se vean relegados a campamentos remotos, después de que Baerbock diera su bendición a los planes de la Unión Europea de internarlos en las fronteras exteriores de la UE y en «centros de retorno» en terceros países (los partidarios de la UE quizá deberían examinar más detenidamente sus políticas en materia de asilo, guerra y militarización).

Así que aquí estamos. Durante cuatro décadas, los Verdes han avanzado por las instituciones hasta alcanzar sus cotas más altas. En el proceso, se han institucionalizado por completo. Me viene a la mente *Rebelión en la granja*.

El Parlamento y la clase

¿Cómo se produjo esta transformación? En gran parte, se debe simplemente al conocido mecanismo de la democracia burguesa. Cosechar las recompensas de la conformidad o soportar la presión ejercida sobre los críticos radicales. ¿Quién quiere ser un *outsider*? El Parlamento absorbe las corrientes radicales, les corta las alas y las escupe como una sombra de lo que eran.

Para resistir esas presiones, un partido necesita un movimiento vibrante fuera del Parlamento o unos anclajes ideológicos muy claros. Los Verdes no tenían ninguno de los dos. Los movimientos se habían disipado. Cuando aparecieron el movimiento antiglobalización y los foros sociales a principios de la década de 2000, los Verdes estaban al otro lado de la barricada.

Las ideas clave que unían a los Verdes, la ecología y la diversidad, eran fundamentalmente compatibles con la administración dentro (y para) el capitalismo. La oposición al militarismo no lo era, y se abandonó. La clase no figuraba. Si tenían alguna teoría del cambio, miraban hacia una «coalición de los desfavorecidos».

Además de ese proceso general de cooptación, la composición de clase específica del partido ha influido en su destino final. Sus raíces se encontraban en las protestas estudiantiles, y su caldo de cultivo fueron los movimientos pacifistas y antinucleares, fuertemente arraigados en la clase media. Alemania, a diferencia de Gran Bretaña o Francia, vio relativamente poca acción de la clase trabajadora a lo largo de ese período.

Se podría decir que el Partido Verde ha acompañado a sucesivas generaciones de jóvenes graduados universitarios en su «marcha a través de las instituciones». Algunos ascendieron más, otros menos. Hoy en día, el Partido Verde tiene una gran influencia en las profesiones culturales y más allá. Por ejemplo, el 40 % de los periodistas vota a los Verdes.

¿Qué más sabemos sobre los votantes verdes? Ganan más que los de otros partidos (aparte de los liberales de libre mercado del FDP). Y vuelan más. Irónico, eso. Suelen vivir en las mejores zonas de la ciudad.

Hoy en día, el Partido Verde parece representar los intereses de clase de la nueva clase media, o la «clase profesional-gerencial». Aquellos que gestionan, administran y legitiman el capitalismo sin propiedad personal. Directores de organizaciones, directores de recursos humanos, funcionarios gubernamentales, altos cargos administrativos, periodistas, artistas, académicos e intelectuales. No las altas esferas. No el ejército ni la policía.

La agenda del Partido Verde alemán es la agenda de esta clase. Diversidad y no discriminación dentro de la jerarquía existente. Virtud ecológica. Acción climática solo cuando sea compatible con los intereses del capital. Guerras en el extranjero por los derechos humanos (que de alguna manera siempre tienen como objetivo a los enemigos de nuestra clase dominante). Una cierta cantidad de discurso radical, siempre y cuando no vaya seguido de acciones.

Podemos imaginarlo como varias capas o estratos en la sociedad. En la cima de este árbol particular se encuentran aquellos que ocupan puestos de autoridad real en su ámbito, quienes son recompensados en consecuencia. Los

directores de instituciones, por ejemplo. A su alrededor hay otros con bastante menos poder personal, pero que siguen recibiendo una prima por adular (muchos periodistas), elogiar (artistas) o vigilar (directores de colegio, trabajadores sociales de alto rango). Y luego hay muchos titulados universitarios en los peldaños inferiores de las mismas profesiones que pueden o no estar (o aspirar a estar) en ascenso (por ejemplo, los profesores).

Son esos niveles inferiores los más cercanos a la clase trabajadora, o los que podrían considerarse parte de ella. La proletarización de las profesiones es una realidad, pero también lo es la perspectiva de ascender a la clase media propiamente dicha (en el sentido de aquellos que poseen cierto poder en la sociedad, pero no las alturas dominantes). E incluso en los niveles inferiores, los graduados suelen desempeñar ocupaciones que les exigen conformarse con el estado actual de la sociedad e interiorizarlo. Periodistas y trabajadores sociales, por ejemplo.

Un movimiento sindical dinámico proporcionaría un polo de atracción alternativo para estos estratos. Sin embargo, en la actualidad la clase trabajadora está tranquila y estos grupos tienden a orientarse hacia aquellos «por encima de ellos» que ejercen una influencia real y ofrecen recompensas materiales.

La cuestión palestina ilustra la diferencia que puede suponer una fuerte oposición desde abajo. A finales de la década de 2010, la clase política y los medios de comunicación pudieron utilizar la calumnia del antisemitismo para acabar con Jeremy Corbyn. Hoy en día, con un fuerte movimiento detrás, la solidaridad con Palestina se ha convertido en algo habitual.

Estas cuestiones serán relevantes para el nuevo partido de izquierda británico. ¿Se limitará a la «coalición woke»? La diversidad, la ecología y un poco de justicia social pueden ser cooptadas. ¿O se comprometerá con el grupo rebelde: antimilitarismo, antiotan, apoyo a las huelgas, reconstrucción del poder de la clase trabajadora?

Sería refrescante ver a algunos de los 750 000 seguidores del nuevo partido de Corbyn asistiendo a los piquetes de los

trabajadores en huelga. Las oportunidades están ahí para quien las aproveche: los contenedores de Birmingham, la estación de Sheffield Lumley Street, Hull Trains, el metro de Londres. Para empezar.

(Publicado en : [Robert Dale – Ploughshares to swords: the story of the German Greens – Brave New Europe](#))



rafaelpoch / 22 septiembre, 2025 / Hemeroteca

2 opiniones en “De arados a espadas: la historia de los Verdes alemanes”

Pingback: [De arados a espadas: la historia de los Verdes alemanes – Izquierda Castellana](#)

Pingback: [La transformación del Partido Verde alemán: de la pacifismo a la guerra – Hemeroteca KillBait](#)

Comentarios cerrados.

Rafael Poch de Feliu / Blog de WordPress.com.